

El hombre de la meseta

P. de P.

La cosa comienza a resultar preocupante. Nuestro Presidente, mientras tiene un tanto oculto al Rey por razones constitucionales o por elemental antipatía, se pasea por este mundo nuestro como si fuera *garganta profunda* o una versión actualizada del *oráculo de Delfos*. Anuncia su vista. Llega con retraso. Pronuncia palabras de un serio subido, ausente toda sonrisa. Permite dialogar al auditorio entre sí pero nunca con él. Pone cara de póker. Se pone y se quita las gafas en actitud preocupada e intelectual. Dice una especie de chiste para cerrar el encuentro, que no ha sido tal. Y se marcha entre gritos de entusiasmo o también entre rumores de estupefacción.

El caso más llamativo ha sido en la cena con lo más granado y florido del empresariado catalán. Diez pesos fortísimos del dinero de la siempre “zona caliente” en materia financiera, que deseaban quejarse ante el Presidente por el abandono institucional de Madrid respecto de Barcelona, poniendo por delante el interesantísimo manifiesto del rele-

vante e influyente Círculo de Economía de Barcelona. Más llamativo todavía por cuanto el acto, solicitado por nuestro Presidente, estaba organizado por el IESE, de obediencia opusdeísta, sensibilidad tan grata al Presidente en la actualidad. Pero, según los participantes, el desmayo moral fue de categoría: Aznar y su séquito, porque ya tiene pretorianos, llegó con retraso, explicó su proyecto sobre España, les invitó prácticamente a sacar el carnet del PP, no respondió a ninguna de las preguntas, les censuró el victimismo propio de los ricos burgueses, y en poco tiempo se resolvió la cena en un llamativo y sonado desencuentro.

Llevamos un año, mes más/menos, sin que el Presidente se reconozca aludido por nada de nada, ni por nadie de nadie. Gescartera, Marruecos, Afganistán, remodelación del crecimiento económico. Todos estos delicados problemas los ha dejado en manos de ministros tantas veces incompetentes, para dedicarse a viajar y montarse un excelente proyecto internacional, sea con los democristianos de antes y cen-

tristas actuales, sea con el presidente del imperio, sea pasándoles la mano a los países latinoamericanos, sea preparando la presidencia de la Comisión Europea que ostentará desde enero/2002. Pero todo lo de casa se resuelve con ironías respecto de los demás partidos e ilusionadas manifestaciones, repitiendo que son malos quienes no le siguen en su centralista proyecto español y descargando sus iras sobre el demonio de las nacionalidades históricas, además de tachar inconstitucional el proyecto federalista del socialismo. Él sobrevuela todo problema porque él es nuestro supermán, a pesar de que parezca, tantas y tantas veces, como quien repite palabras a ras de suelo. Un lenguaje impenitente, impositivo y misterioso. Como si tuviera su propio arcano existencial y mental.

Algo de todo esto suele definir a los gobernantes mesetarios, frente a los mediterráneos, con Pujol a la cabeza. Cierta incapacidad para dialogar, para encajar críticas y, sobre todo, para rectificar, como supongo que haría el Cid al recorrer territorio español, sin pararse ni un momento, desde Burgos a Valencia. Les falta *finezza*, *diplomacia*, o sencillamente ser capaces de articular un *lenguaje coyuntural*, que procure al receptor de su discurso político una cierta ga-

rantía de esperanza. Nada de eso. Duro, fuerte, inmutable, el Presidente recorre el mundo como si fuera el más alto, el más listo y el más poderoso. Después, nos damos todos los españoles con las piedras de tal aventura en los dientes. Pero todo ya está cumplido.

Pero también está el poder en cuanto poder. Porque si recordamos los últimos tiempos socialistas, lo mismo le sucedió al sevillano que nos gobernaba, ese Felipe ahora un tanto redondeado por los buenos manjares y la tranquilidad casalinga: hablaba desde una superabundante cátedra, sin pasársele por la cabeza que alguien podía vencerle en la arena política. Hasta que el tremendo crack le llegó y tanto le dolió. Y era sevillano, un tanto árabe, capaz de engatusar al más remilgado y pedante. El poder, además del componente mesetario, es de un peligro tremendo.

En fin, el Presidente verá. Es posible que sus asesores le canten *pero sigo siendo el rey*. Lo cual siempre será falso, porque Rey ya tenemos uno, si bien Aznar lo tenga metido en la cárcel de la Zarzuela y solamente le permita salir cuando a él le apetece. Ante el estupor de todos. Hay que ver cómo evoluciona la gente..